

LA PUERTA DEL INFIERNO

por
MARISAYO

Fue un caluroso día de verano, cuando por primera vez me fijé detenidamente en ese precioso paraje de "La Puerta del Infierno".

Habían venido mis tíos con mis primos de la capital a pasar unos días con nosotros a Fuertescusa. Como ya habían acabado la siega en los altos, el sábado decidieron que íbamos a ir de merienda, a pasar el día al río.

Mi madre y mi tía prepararon la comida, migas con chorizo y tajás de la orza, tortillas, jerigota, unos panes recién hechos en la tahona, postres, y no podía faltar la bota de vino, empezaron un pernil, "un brazuelo", que le metieron mano aquellos días, pues mi tío Pedro decía, que en la capital no encontraban ese jamón tan rico, ¡y cuánta razón tenía!... pues ni el mejor de pata negra esta tan bueno como aquellos!... los tenían unos días envueltos en sal gorda, y luego unos días más, bajo el peso de unas piedras que hacían de prensa, acababan colgados en la cocina, esperando que estuvieran bien curados para empezarlos.

Mi padre aparejó la mula, metieron las cestas de la comida en el serón y nos fuimos todos carretera abajo, camino del río.

Hicimos una parada en el molino, allí estaban el tío Toribio y el tío Higinio con las mulas cargadas de costales de trigo para moler. Otra parada en San Juan y enseguida llegamos a "La Puerta del Infierno". Justo unos metros más abajo de los túneles, mirando hacia arriba el cauce del río Escabas, entre rocas y pinares, con las montañas al fondo pensé; si esto es "La Puerta del Infierno", ¡cómo será la del paraíso!...

Allí donde el Arroyo del Peral se junta con el río Escabas estaban las "pasairas" piedras a poca distancia que saltando de una a otra, hacían de puente para cruzar al otro lado del río, donde había un prado ideal para comer y pasar el día, los mayores nos ayudaron a los pequeños a pasar a la otra orilla, pues aunque la distancia de las "pasairas" era corta a nosotros nos parecía enorme y no nos atrevíamos a saltar, por si caíamos al agua. Nos bañamos donde el agua no nos cubría, aún no sabíamos nadar... cogimos cangrejos había muchos debajo de las piedras, jugamos y correteamos por aquel prado a la orilla del río, ¡Qué bien lo pasamos!...

Hay recuerdos que no se borran nunca y aquél día está guardado en un rincón de mi memoria, el murmullo del agua, el canto de los pájaros, el Sol reflejándose en el agua transparente del río hacía que las piedras del fondo despidieran destellos de luz, mirando río arriba, su ribera verde de juncos y sargas, al fondo se veían las montañas, a mí me fascinó aquél paisaje, y me sigue fascinando cada vez que lo veo.

¿Quién y por qué le pondría el nombre de "Puerta del Infierno" a ese maravilloso paisaje?

El abuelo Bruno seguro que lo sabía, vivía con nosotros desde que hacía dos años murió la abuela María, ayudaba a mi padre y a mis hermano el mayor con el ganado, siempre iba acompañado de su perro "Cervantes", le puso ese nombre porque aunque fue poco a la escuela, le gustaba mucho leer, y contarnos historias en las noches de invierno, sentados todos en torno a la lumbre, mientras mi padre y mis hermanos picaban remolachas y berzas para las ovejas. Cuando le pregunté al abuelo si sabía porque se llamaba así aquel lugar, nos hizo sentar a todos los nietos en "el poyo" de piedra que había en la puerta de la casa, y nos contó esta historia;

"Hace ya muchos años cuando yo era un niño, aunque aún tengo un vago recuerdo, no había carretera hasta Fuertescusa, solo se podía entrar y salir del pueblo por una senda estrecha andando, o con una caballería, el camino desde la Erilla al Molino, la Hoz, y San Juan, no estaba tan mal, pero desde ahí era intransitable, por los atajuelos tenían que subir por la montaña bordeando la piedra hasta la Fuente de la Escalera y el Pontón de los Moros, todos los que pasaban por allí venían diciendo que aquello era un infierno, el río se desbordaba cada vez que llovía y entonces, lo hacía muy a menudo.

Un día el alcalde reunió a todos los vecinos del pueblo para comunicarles que se iba a hacer la carretera hasta Fuertescusa, los que quisieran trabajar podían apuntarse en el ayuntamiento, el jornal sería de una peseta al día, se apuntaron unos treinta hombres. En aquellos años, el pueblo tenía unos cuatrocientos habitantes, unos trabajaban cortando pinos, otros resinando, algunos tenían ganado de ovejas o cabras y todos sembraban algún "piazo" de trigo, que llevaban a moler alternando unas veces al molino de arriba y otras al de abajo, con esa harina tenían para el pan de todo el año, también sembraban otros cereales para alimento de los animales.

Unas semanas después cuando el alcalde terminó las gestiones, llegó al pueblo don Ramón, un ingeniero de caminos para hacerse cargo de las obras, se hospedó en la posada de la tía Valeriana, en la plazuela de las cuatro esquinas, Puso de capataz a Pascual el hijo del tío Mateo y la tía Virginia, Pascual era un joven alto de aspecto rudo, que tenía una fuerza de mil demonios, de muchacho era muy travieso, iba a Cerro Pajares y abría todos los gallineros y zahúrdas, soltaba los cerdos y gallinas y se armaba el cisco padre... siempre que ocurría algo así, todos decían; ¡seguro que ha sido el diablo de Pascual!, y con el mote de (el diablo) se quedó, aunque delante de él, nadie se atrevía a decirlo.

Comenzaron las obras al acabar el invierno, Pascual, Rafael, Juan, Martín, Julio, Cosme, Isidro, Teodoro, Aniceto, Nicolás, Marcelino, y unos cuantos más, salían de casa al amanecer, con el talego de la merienda, abrigados con el tapabocas, y volvían al ponerse el sol. Comenzaron desde un poco más abajo del Lago, pues hasta allí la habían hecho una cuadrilla de Cañamares.

A fuerza de pico y pala llegaron a ese tramo donde todo era piedra que tenían que romper para atravesar la carretera, prepararon unos barrenos de dinamita y a la explosión se abrió el primer túnel en la piedra, Subían contentos a casa y aunque cansados, se fueron a la taberna del tío Mariano a celebrarlo con unos chatos y cacahuètes, mientras echaban la partida a la brisca.

A Pascual le gustaba ir a la taberna, se había aficionado al vino de muchacho, ayudándole a su padre a vendimiar y pisar las uvas de la viña que tenían en Llano las Viñas, lo ponían en tinajas en la cueva, y de vez en cuando iban a hacerle la cata. Solo se había emborrachado una vez, fue para la Fiesta del Rosario, estuvo dos días tan mal con resaca, que ¡ni se enteró de la fiesta!, y encima, no pudo bailar con Paulina, la moza que le gustaba, ¡todo el año esperando para eso!... Le sirvió de escarmiento, y desde entonces, bebía con moderación.

Cuando empinaba la bota cantaba esta coplilla;

Bendito sea Noé,
Que plantó el primer sarmiento,
A unos les quitó la sed,
Y a otros el conocimiento,

Cuando volvieron por la mañana al tajo, había caído un pedrusco a la parte del "Royo" que si os fijáis aún sigue allí.

Después de unas semanas abrieron el segundo túnel, la piedra se resistía, hicieron falta unos cuantos barrenos más, hubo una fuerte explosión y se abrió un gran agujero, pero con tan mala suerte que cayeron unas piedras donde estaba Juan y cayo rodando por el zopetero encima de unos espinos y zarzales, no podía moverse, todos se temieron lo peor, lo sacaron de allí lleno de arañazos, con la camisa y los pantalones "eszaliaos".

Con unos troncos y unas ramas de pino hicieron unas parihuelas para subirlo a casa.

Juan iba a cumplir dieciocho años, era el más joven de todos, quería ganarse unos cuartos, para cuando se fuera a la mili, pensaba quedarse en la capital, buscarse un trabajo y estudiar medicina, desde pequeño decía que algún día sería médico, pero sus padres, Enrique y Florentina, no tenían medios para darle estudios. Andaba "enamoriscao" de María del Rosario, la hija del herrero, una guapa moza a la que llamaban cariñosamente "Marisayo" pues cuando de niña le preguntaban su nombre, con su lengua de trapo, muy graciosa contestaba; "María del sayo".

¡Buen susto que se llevó cuando llegaban con las parihuelas a la Erilla!, bajaba del lavadero del Tormo, cuando vio que era Juan el herido cerrumbó el cubo con la ropa por el Batán, y toda nerviosa los acompañó a casa del practicante quién hacía las veces de médico, este le diagnosticó que tenía la pierna rota y se la entablillo para una temporada, a Marisayo le hicieron una tila para que se tranquilizara.

El señor Florencio el practicante, era un hombre alto, campechano, y muy servicial, su mujer la señora Remedios era una mujer sencilla, delgada, con el pelo recogido en un moño. Ayudaba a su marido cuando asistía a los partos que no eran pocos... pues casi todas las familias eran numerosas, cosa normal en aquel entonces.

Como no había mucho dinero le pagaban en especies, con patatas, judías, huevos, y de lo que cada uno tenía. Vivían en el Barrio del Moral llevaban unos cuantos años en

Fuertescusa y la gente del pueblo los apreciaba.

Quedaba por abrir el último túnel, era un sábado y después de mucho zacanear, lo consiguieron, el estruendo se oyó en el pueblo, y se armó un "polvisque" que no se veía nada, se quedó la piedra suelta pero no caía, Pascual, le dio un "empentón" con toda su fuerza y la tiró, todos saltaban de júbilo gritando, ¡ya tenemos puerta en el infierno! Y Pascual muy serio dijo, y ¿con la ayuda de quién?... Todos sabían porque lo decía, y se quedaron callados, no tengáis miedo de decirlo, pues ¡quién mejor, que "el diablo"... para abrir "La Puerta del Infierno"!, todos reían a carcajadas, y como siempre, fueron a celebrarlo a la taberna.

Como todos los sábados, por la noche salieron con la ronda por las calles, y los domingos se reunían a echar unas partidas en el Juego Bolos.

Abiertos los tres túneles aun tardaron mucho tiempo hasta llegar a la Erilla, hubo algún incidente más, pero de poca importancia. Cuando la acabaron hasta el pueblo, hicieron una fiesta, con cucañas en la plaza, repartiendo remojillo, aguardiente con miel, alajú, tortas (dormidos) de los que se hacían para la fiesta, y amenizada con la ronda.

Juan cumplió su sueño y cuando acabo la mili, se quedó en la capital, encontró trabajo, y con esfuerzo y perseverancia, estudió la carrera, y se casó con María del Rosario.

Don Ramón el ingeniero, que vino solo para una temporada, le gustó tanto el pueblo y sus gentes, que todos los años siguió viniendo con su familia a pasar el verano.

El abuelo Bruno ya no pudo contarnos muchas más historias, pues aquel invierno enfermó, y murió a los pocos meses, el médico nos dijo que murió de viejo, pero yo creo, que tenía ganas de reunirse con la abuela Maria, a la que tanto echaba de menos...

Cada vez que vuelvo al pueblo al llegar a "La Puerta del Infierno", una sonrisa aflora a mis labios recordando aquellos días.

Pienso que cuando me llegue la hora de dejar este mundo no me importaría atravesar esa "Puerta del Infierno" y quedarme para siempre allí en ese rincón del paraíso al pie de la piedra del castillo, en mí añorado pueblo, el mismo donde nací, en "Fuertescusa".